

“En el parque Berrío” y “Carta a don Guillermo Johnson”

Fernando González



En el parque Berrío

Durante varios días estuve observando en dicho parque. Parado en la esquina de don Emilio Paila, conté mil transeúntes...; entre ellos, tres “blancos” dudosos. Un policía me dijo que dos eran libaneses. Dato curioso: el “blanco” colombiano, si bien, aseado, se

adivinaba que carecía de ropas de repuesto.

Cara triste, embobada, y dizque iba para “Las Empresas Públicas Municipales” a ver si lo colocaban. Había sido congresista, pero, creyendo que el asunto duraría, gastó el dinero con unas señoras de Bogotá.

La naturaleza tiene sus leyes inflexibles: estos “blancos” culirrotos y yo, entregado a filosofar en la esquina “don Paila”, estamos sufriendo las consecuencias de la conquista y colonia; mucho hicieron sufrir a indios y negros nuestros antepasados. Por eso no me quejo de que Fernández Botero y Pedro Claver se venguen en mí. Nosotros, débiles descendientes, tenemos irremediabilmente que ver y oír a los motoristas, radiodifusores, gerentes de empresas públicas y de tabaco. ¡Pero hay consuelo! Los anestésicos sirven para el dolor físico y la filosofía para el alma. Yo me siento alegre en esta esquina del Parque, antigua esquina de “don Paila”. De todo se puede sacar alegría. Ayer filosofaba en un tranvía, teniendo al frente, repantigado en dos asientos, ahíto, en mangas de camisa, a un motorista parecido al mono grande que había en Marsella: él estaba ahí, echándole el vaho, bregando por convencer a una muchacha, hija de un “blanco” de Envigado... ¡Y la muchacha se dejaba! ¡Las muchachas ya no creen en los Prelados! ¡Lo más cochino es una mujer liberal!

Envigado, abril 1º de 1936

a don Guillermo Johnson
Medellín

Muy querido amigo:

Permítame felicitarlo por su librería y editorial La pluma de oro.

Usted le ha dado novedad a esto de librerías en Medellín. Usted, y el doctor Marco Aurelio Arango con su editorial Atlántida, están remozando el espíritu antioqueño.

Hacía falta ese lugar en la carrera Carabobo, en ese rincón o remanso de la calle populosa, la más antioqueña de Medellín. Precisamente allí donde es mayor el tráfico, yendo de sur a norte, a poco de pasar el Palacio de Justicia, sale repentinamente una casa y se mete en la calle, angostándola y dejando un rincón, formando un ángulo recto: pues allí, en ese remanso, era el lugar propio para vender el libro moderno, las ediciones baratas y elegantes de “las obras maestras”.

¿Ha puesto usted la atención en estos automóviles modelos 1936, tan lanzados, tan rutereros, tan livianos y tan poderosos? Pues en su Pluma de oro vende usted esas ediciones de “las obras maestras”, ligeras también, lanzadas también, rutereras poderosas de los caminos del alma.

La Librería, en Medellín, era, hasta usted, almacén pesado, carísimo, en donde se entraba de vez en vez a bregar por comprar las ideas generales, o bien, a comprar “un libro para regalo en los exámenes de la Universidad o en el acto público de los reverendos padres”.

Recuerde usted u observe esas librerías, con sus mamotretos de a cinco pesos, empolvadas ya las partes superiores del rimero de hojas...

No; era preciso hacer que el libro fuera poderoso andarín, barato, de bolsillo. Marco Aurelio Arango en su Atlántida y usted en su Pluma de oro, han dado lo que necesitábamos en Colombia: ya no habrá esas ediciones colombianas que parecen todas informes de Asamblea, o bien, de cuadernillos gruesos, como si fueran sacos de cabuya doblados. ¡Qué hermosas ediciones hace la Atlántida!

A su Pluma de oro entra ahora la muchacha que desciende de su automóvil, y que irá de paseo mañana domingo y que desea llevar un libro suave, consonante con sus emociones amorosas. Necesita un libro que la acaricie allá, bajo el boscaje antioqueño y que pueda dejar allá, tirado sobre la hojarasca, en recuerdo de su amor fugaz. Entra también el señor grave que se irá mañana en avión y que desea coger algunas ideas sobre derechismo o izquierdismo, para poder conversar en Bogotá, con “esos jóvenes de los cafés y los ministerios”. Si no lo hiciere, ¿cómo logrará que le otorguen la concesión para platanales en Urabá? El señor Cura entra también a buscar la biografía de Jesucristo, la de San Pablo o la de San Luis, para sus bellos sermones en el pueblo lejano... ¡Todo ello por 0,40, 0,50, o 0,60!...

¡Eso hacía mucha falta, don Guillermo!

Reciba un abrazo por ese remanso del espíritu que tiene usted en Carabobo, precisamente en el rincón que forma una casa que se sale impertinentemente a media calle, como para atajar al judío antioqueño, diciéndole: “Entre usted a La pluma de oro”.

**Fernando González. (Envigado-Antioquia, 1895-1964). Polémico escritor y pensador colombiano, autor de numerosas obras entre las cuales se cuentan: Viaje a pie, Mi Simón Bolívar, Don Mirócleles, El hermafrodita dormido, Mi compadre, Salomé, El Remordimiento, El maestro de escuela, Cartas a Estanislao, Los negroides, Santander, y el Libro de los viajes o de las presencias. Entre 1936 y 1945 editó la Revista Antioquia, de la cual extractamos estos breves fragmentos (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1997).*